

# FORO SOBRE

## PARADOJAS DE LATINO-AMERICA

Por ÁNGEL J. CASARES

### *Las paradojas y la ideología*

PARA el caso particular de mi intervención en este foro, se imponen dos aclaraciones previas que considero indispensable hacer expresas de antemano.

La primera aclaración es simple, y se refiere por necesidad a las limitaciones personales que me han forzado a acotar este tema con la restricción considerable que respecto de él significa tomar como ejemplo, base y pauta la peculiar realidad de mi propio país, la Argentina, en forma casi exclusiva. Mi conocimiento de Latinoamérica es lo bastante precario e incompleto como para permitirme sólo proponer aquí vagas generalidades que apenas resultarían en falta de honestidad para conmigo mismo, y en falta del más elemental respeto para con ustedes. Creo, dicho sea de paso, que la primera paradoja —extrínseca, si se quiere— de Latinoamérica, reside en que, no obstante su multiforme complejidad, suele ser un campo singularmente propicio para que cualquiera —desde el turista hasta el gobernante— habiéndose asomado apenas a él, y a veces sólo a una pequeña parte de él, se sienta de inmediato autorizado a formular a su respecto las conclusiones más precipitadas (y así disparatadas), que alcanzan, no obstante, la más franca y decidida aceptación, sobre todo si se las disfraza de modo satisfactorio con el ropaje académico de la pseudo-cientificidad. No me es posible, a partir de esta convicción, asumir ahora y aquí una actitud

similar, que sólo conduce a potenciar la confusión. Cabe sin embargo destacar que esa "multiforme complejidad" a que acabo de referirme, y que más que caracterizar a Latinoamérica, parece constituir, *tal vez* pueda ofrecer ciertos elementos configurados o categorías *constantes*, en función de las cuales podría ser legítima una generalización de lo que aquí se diga a propósito de un caso particular. Dejo esta tarea a quienes tengan una base de información, por conocimiento directo de los hechos, más sólida y completa que la mía.

La segunda aclaración es doble, y por sus dos vertientes concierne a limitaciones de método.

Por un lado: creo que es lisa y llanamente absurdo intentar o proponer una *explicación* de Latinoamérica, de su situación o de sus paradojas, como es absurda una explicación de cualquier otra realidad histórico-cultural, llámese como se llame. Desde Rickert se sabe hasta la fatiga que lo que se explica es la naturaleza; la historia y la cultura no se explican, se comprenden. Los factores que se descubren en el análisis de la realidad histórico-cultural del caso pueden ser apoyo para la comprensión, pero no causas que valgan como tales en el contexto de una explicación. La frecuencia de estos intentos hace sin embargo estremecer.

Por otro lado: si comprender es, en definición aceptable por el alto grado de escolaridad que exhibe, *recrear un sentido*, en la medida en que esta recreación es siempre un proceso personal que ocurre en alguien, el predominio subjetivo, en este proceso, de los puntos de vista, selección de los hechos y enfoque general del problema resulta inevitable. Con esto queda dicho a las claras cuánto es lo que, sobre lo normal y corriente, descuento que puede haber de equivocado o perfectible en mi apreciación. Y queda dicho también que lo que busco en éste que espero sea un diálogo es, más que ilustrar a ustedes sobre las paradojas de esa Latinoamérica que es mi país, o más que descubrirlas y señalarlas como punto de partida para una generalización fundada, ilustrar mis propias pautas de comprensión para tales paradojas.

Y antes de entrar en materia: que se me excuse si en algún momento de mi discurso a lo personal se superpone lo emotivo. Porque Latinoamérica, que todos buscamos comprender, nos duele también un poco a todos cuando es nuestra.

Llamé hace poco "multiforme complejidad" a esa *sui generis* realidad histórico-cultural que se conoce como Latinoamérica. Esta adjetivación cubre bastante bien la experiencia que con más regula-

ridad cumplen quienes se asoman a aquella realidad, que con frecuencia suele vivirse como experiencia de un caos. O, por lo menos, de un desorden completo. El punto de vista económico, no siempre ágil en el manejo de conceptos, ha acuñado uno de fácil consumo y amplia aceptación, como traducción del sentido de esta experiencia: subdesarrollo. El que, sin embargo, parece imponerse como vía de acceso adecuada a la comprensión más ajustada de esta realidad, es, me parece, este otro: paradoja. En este sentido, el título propuesto para este foro es, en verdad, afortunado. Y, bien entendido, singularmente apto para ser ilustrado con el caso particular de la Argentina. Bien entendido: la variedad, constancia y frecuencia con que se manifiestan las paradojas que la atraviesan de un lado a otro en todos los aspectos, hechos y niveles de su ser —por lo menos de su ser actual— señalan que ellas no son paradojas que la Argentina sólo tiene o exhibe, sino paradojas que la Argentina es.

No pretendo ni podría ahora enumerarlas aquí en forma exhaustiva. Será suficiente, pues, señalar algunas.

Perdura todavía, fuera de ella, la imagen de la Argentina como un país excepcionalmente rico. Y sin duda lo es. La variedad y vastedad de sus recursos naturales, en todos los órdenes, es poco menos que incalculable. Tiene, no todos los climas, pero sí todos los climas apropiados para la producción natural. Un litoral marítimo de casi 4,000 kilómetros de extensión, corresponde a una extensión de llanuras de casi 2,000 kilómetros de N. a S. y más de 1,000 de E. a O., y a formaciones geológicas recientes, con alturas medias entre 3 y 4,000 metros, en gran parte de las cuales las vetas minerales se dibujan y diferencian en colores a simple vista. La mayoría de los ríos son de régimen permanente. Los bosques no son los mayores del mundo, pero en pocos países del mundo se encuentran reunidos en mayor variedad. Todos estos recursos, además, o no han sido todavía explotados en absoluto, o están recién en vías de explotación; lo que significa —y esto es excepcional— que la actualidad y el potencial de recursos son equivalentes. Añádase una población de sólo 22.000.000, y se tendrá una idea aproximada de lo que *podría* significar una distribución racional y organizada de semejante riqueza: utopías mucho menores han abundado en la historia.

Pues bien: la Argentina es, a pesar de todo esto y de mucho más que no he dicho, un país empobrecido. Su economía se parece cada día más a la organización de la catástrofe. Una inflación incontenible y corrosiva, que lleva en proceso ascendente más de 20

años ininterrumpidos, enerva toda posibilidad de explotación seria y todo intento de aprovechamiento útil de tales recursos, aún de los básicos.

En otro orden de cosas, ocurre que un lugar en especial, por su ubicación geográfica, por su lejanía de los centros de producción y hasta por su situación estratégica, es en la Argentina el menos apto para concentrar grandes masas de población. Ese lugar es justamente la capital, Buenos Aires; y en la ciudad y localidades periurbanas viven casi 8.000.000 de personas —casi la mitad de la población total del país. Un enano con cabeza de gigante: en términos de esta acertada monstruosidad se ha descripto a la Argentina con frecuencia.

Pero esto, con ser lo más notable y lo que nos obliga ahora a hacer presente que si por un lado Buenos Aires no es la Argentina, por otro la Argentina adquiere fisonomía y perfil en Buenos Aires, no es lo que impresiona y choca de primera instancia a quienes llegan a ella desde fuera. La convivencia ciudadana, en efecto, suele ser para el extranjero fuente de sorpresas; desconcierto y hasta desagrado. Y esto porque en la idiosincrasia, en la manera de ser del hombre argentino, y sobre todo del porteño, la paradoja llega al paroxismo.

Es, por un lado, un pueblo cosmopolita en el más amplio sentido de la palabra: está permanentemente abierto, con avidez, para todo lo extranjero, y ha llegado a constituirse como pueblo por una verdadera mezcla y decantación de la extranjería más heterogénea. Lo que separa lo significado por las expresiones *Babel moderna* y *crisol de razas* es lo que puede separar dos ciudades como, por ejemplo, Nueva York y Buenos Aires. Como bien se ha señalado alguna vez, “en la República Argentina coexisten amalgamados lo español, lo italiano y lo francés. Tenemos lo español por nuestra formación histórica. Tenemos lo italiano porque al abrirse las puertas del país a la inmigración europea en 1853, fue por lejos la sangre italiana la que llegó con más abundancia para poblar nuestros desiertos; y esto se refleja en el hecho de que la mayoría de los nombres de nuestra clase directora en el siglo xx sean de procedencia italiana. Tenemos lo francés, porque desde la guerra de la Independencia en 1810, hasta la Primera Guerra Mundial, la mentalidad francesa ha influido en todos los órdenes de nuestra vida espiritual en una forma que no tiene paralelo en la historia del mundo; se la ve tanto en la arquitectura de nuestras ciudades como en lo que sirve de canon para nuestras costumbres; el Código Civil, sancionado en

1869... es un elocuente ejemplo”. (Carlos Cossío, *Teoría de la Verdad Jurídica*, pp. 13-14, Losada, Bs.As., 1954). Pero este cosmopolitismo no es sólo latino. La inmigración eslava, germánica y escandinava ha sido también considerable, y aunque en grado menor, también asimilada e integrada en el crisol. El folklore ciudadano es en ocasiones una galería de personajes extranjeros, tan típicos como entrañados en la emoción colectiva.

Pues bien. Junto con, o más vale a pesar de, esta tónica cosmopolita de intensa integración, el nacionalismo, bien, y en pocas ocasiones mal entendido, es con frecuencia, en esa emoción colectiva, una verdadera mística laica. No siempre se traduce, y cuando lo hace se traduce con alcance absolutamente minoritario, en militancia activa y agresiva; pero palpita como sentimiento ineludible y con íntimo y regocijado aplauso a su manifestación, en la personalidad colectiva y en cada persona individual. La resonancia de los incidentes fronterizos con Chile, en forma circunstancial, y la situación de las islas Malvinas, en forma permanente, sobre aquel sentimiento, ilustra bien esta tesis.

En otro aspecto: tal vez por razón de su cosmopolitismo básico, y sin duda sobre todo por el predominio histórico de su raíz hispánica, el argentino es un pueblo hospitalario. Su acogimiento colectivo del extranjero se traduce, en lo individual, en la deferencia y cordialidad sincera y sin retaceos con que lo recibe en su círculo personal y familiar. Su comportamiento, en general, suele estar mayoritariamente recortado en la corrección; es espontáneo y franco, pero pocas veces grosero, en la conducta, las expresiones y los modales que le impone la convivencia.

Pero al mismo tiempo, es agresivo hasta la ferocidad. “Primero yo” parece ser su divisa o lema heráldico por la forma en que gobierna, desde su modo de abrirse paso si camina por la ciudad, hasta su modo de hacer prevalecer su personal punto de vista si discute sobre el último libro o sobre fútbol en el café, la oficina o su casa. Un ser humano, puesto a conducir un auto, se transforma casi siempre y casi en todas partes, en una amenaza colectiva. En la Argentina, en un peligro social. La advertencia “ceda el paso”, lo mismo en el señalamiento urbano que en el de caminos, tiene, en los hechos, un valor apenas decorativo.

Por otra parte, tanto colectiva como individualmente, el argentino medio es por principio desconfiado. Desde el punto de vista psicoanalítico esto podría tal vez explicarse por el terror, casi pánico, que le inspira la sola idea de poder ponerse en ridículo. De

todos modos, la tendencia inicial más corriente respecto del prójimo, de una institución, de un gobierno, es ante todo de recelo. Cada individuo suele asumir que aquél y éstos existen, si no con exclusividad, por lo menos con la finalidad primordial, de perjudicarlo, de sacarle alguna ventaja o, si otra cosa no puede sospechar, de molestarlo. Pero la ambivalencia se da también en este orden de cosas, sobre todo en lo que concierne al gobierno, y consiste por igual en la convicción y la creencia, reiterada a propósito de cada nuevo gobierno, de que en manos de éste, exclusivamente, están las soluciones para los males del país, y en la crítica general que subsigue a su fracaso, que apunta, más que al hecho de no haber logrado tales soluciones, al hecho de haber *defraudado la confianza* colectiva puesta en él. Cree, por fin, el argentino promedio, en la eficacia normativa de la ley, con firmeza de convicción y por adhesión emocional; pero al mismo tiempo alimenta una extraña compulsión que lo reconforta y lo enaltece en su autoestima, si consigue eludir y aun burlar con impunidad las disposiciones que la ley consagra.

A estas paradojas, que por hacer a las formas elementales y directas de la convivencia son las de impacto inmediato en el extranjero que llega al país, han de añadirse todavía las que hacen a la organización socio-política de la vida nacional. Por ejemplo: ni la demagogia desenfadada, disfrazada de izquierdismo y de obrerismo, de un gobierno como el peronista, ha conseguido desdibujar, siquiera, la constitución social y económica de una numerosa, sólida y estable clase media. Y aun habida cuenta de lo elásticas, y a veces pintorescas, que suelen ser las categorías sociológicas, habrá de reconocerse que, en existiendo, una clase media así puede y debe ser un factor decisivo en el equilibrio del entendimiento societario. Pues bien, de hecho este entendimiento no existe. La clase media, en lugar de ser el puente que una la clase dirigente o alta y lo que los sociólogos llaman clases medio baja y baja, es un abismo que las separa. El diálogo entre los extremos es imposible, porque el medio llamado a servirles de vínculo resulta inadecuado para ello; y una de las constantes en que se debate el poder, en su ejercicio en relación con estas clases, es la opción permanente que enfrenta entre el extremo rigor y la demagogia total. El entendimiento recíproco resulta inalcanzable.

Esto a su vez parece hacer posible una definición precisa y nítida de las tendencias o partidos políticos, en la medida al menos en que éstos son los catalizadores de los ideales programáticos de

los diferentes grupos sociales. Esta definición, con aquel doble carácter, existe, pero sólo de nombre. Hay un pequeño conservadurismo —pequeño en número pero verdadero dueño del poder, sin más que interrupciones anecdóticas, desde hace más de treinta años—; un partido radical hasta hace poco mayoritario, y una débil izquierda, minoritaria en cantidad y en programa. Elementos —en cantidad varia— de estas tres orientaciones generales, constituyeron en su hora el todavía hoy mayoritario movimiento peronista, que —colmo de la paradoja— se definió monolíticamente y con perfiles enérgicos *después* del derrocamiento de su líder, en 1955. Pero esta definición, dije, es sólo nominal; y hoy lo es hasta en el peronismo. Con exageración no carente de humor, ni, del todo, de acierto, se ha dicho que en la Argentina hay 22 millones de protopresidentes. Ante su verdadera realidad política, cabe tener esto por lo menos presente: en todo el país existen, registrados y reconocidos con todas las formalidades necesarias, casi cuatrocientos partidos políticos.

Pero en su forma más dolorosa, la paradoja se hace, al mismo tiempo, más radical. Por razones que luego se dirán, la Argentina, como pueblo, parece tener ante sí un futuro tan vasto como magnífico. A pesar de ello, y de mantener como sentimiento colectivo una sorda conciencia de esta posibilidad existencial e histórica, es un pueblo vuelto hacia su pasado. Se vive, por cierto, el momento presente como situación que el pasado, en la gesta de sus hombres, “ha hecho posible”; pero ante la realidad, en muchos órdenes penosa, de esta situación, resulta preferible, y así se lo hace, comprender este “hacer posible” como si lo pasado fuera una condición exterior y extraña a lo presente, y no como si este presente fuera —como en realidad lo es— el resultado último de aquel pasado. En otras palabras, se hace un culto del pasado, pero no se lo incorpora. De esto resultan dos actitudes por igual inauténticas y artificiales: el revisionismo histórico, que es excepcional, y la promoción, constante y frecuente hasta el hartazgo, de valores históricos que, por vividos como inactuales, adquieren la formidable e insignificante resonancia del vacío. Avanzar mirando sólo hacia atrás, si no imposible, es por lo menos peligroso. Pero en la marcha de los pueblos, marchar sin proyecciones anticipadas del futuro, es casi suicida.

Sobre esta base, aquí expuesta de modo tan incompleto como grosero y esquemático, ha de comprenderse cuánto hay dado en los hechos como condición para un temple individual y colectivo de

frustración. No es casual que algunos observadores profesionales y casi todos los ocasionales coincidan en destacar, como su primera o más notable impresión, la que les causa, ya al pisar tierra argentina, el gesto hosco, agrio, hostil y agresivo que —aunque no se los reciba con él— no tardan en encontrar. Si no es cierto que la que vale sea la primera impresión, lo es sin duda que es la que más huella deja y la más difícil de borrar. Esto conduce con frecuencia, sobre todo al observador profesional y al técnico, a tomar en consideración y destacar sólo el momento negativo de la paradoja básica en todos o cualquiera de los órdenes en que ella aparece, porque este factor es el que conjuga con, y confirma de modo armónico, lo que en aquella primera impresión se vive. Montada la apreciación y el análisis subsiguiente sustentado sobre bases tan singulares, las generalizaciones, aunque aventuradas, resultan luego cómodas y fáciles.

Pero todo esto tiene a su vez consecuencias concretas y prácticas. Casi todas las soluciones técnicas arbitradas, tanto en el orden internacional como en el interno, adolecen de la misma irremediable falla básica: manejan sólo la mitad de su dato. Fracasan, pues —hasta ahora no han hecho otra cosa que fracasar, con mayor o menor estrépito—, pero no porque sean intrínsecamente insuficientes o técnicamente inaptas, sino ante todo porque como soluciones, sólo están hechas para la mitad del problema; por eso muerden a medias en el problema y en el vacío.

Este error básico, a su vez, como Jano, tiene dos caras. Una: como error de concepto. Otra: como error de método. Lo primero: categorizar el problema como de “subdesarrollo” y descontar que su principal medio consiste en implementar una tecnificación integral del proceso de desarrollo, sobre todo en los niveles económicos fundamentales: la explotación de recursos, los modos de su distribución, la producción de más bienes a menos costo. La central hidroeléctrica, la represa, la expansión de las vías de comunicación, la industrialización, lo que se llama “ingreso *per capita*” son en este esquema factores casi mágicos, por lo decisivos, para la “recuperación” o, según los casos, la aceleración del proceso de desarrollo. Lo segundo: concretar esta idea a partir de una amplia ayuda económica y una mayor asistencia técnica. El error se nutre, pues, en la convicción de que los caminos y los dólares pueden por sí solos cambiar la idiosincrasia de los pueblos. Por algo los diversos “planes de ayuda” puestos en ejecución sólo parecen, hasta ahora, fuentes que se derraman inútilmente en un barril sin fondo, y han dado

en ocasiones el único pobre resultado de gravar con mayores cargas la deuda pública de los beneficiarios de la “ayuda”.

Permítaseme en este punto prevenir posibles malentendidos. Primero: nada más lejos de mi intención que sublimar en conceptos oscuros motivaciones pasionales pseudopatrióticas, o canalizar por ellos *fobia* ni *filia* personal alguna. Segundo: creo haber entendido con suficiente claridad que es tan obsoleto como carente de base el “ideal” de una autosuficiencia, económica o política, total o parcial, de un país, cualquiera que sea. Tercero y obvio: señalar hechos, que es lo que pretendo, no es buscar, ni, menos, encontrar, presuntos “culpables” de que ellos se produzcan.

No digo pues que la Argentina pueda bastarse a sí misma, ni que le sobre la ayuda económica extranjera, cualquiera que sea y venga de donde viniere. Digo, sí, que *sin una previa comprensión de su sentido cultural y de su idiosincrasia, toda ayuda meramente económica que se le preste jamás podrá llegar a serlo de modo efectivo, es decir con resultados.*

No sé, por otra parte, si los encargados de suministrar esta ayuda no han logrado tal comprensión o si, habiéndola logrado, han decidido pasarla por alto o ignorarla. De todos modos, en los hechos ambas hipótesis conducen a lo mismo: tanto el concepto doctrinario del que se parte, cuanto el método que se utiliza para concretarlo, resultan singularmente adecuados para satisfacer los intereses y la conveniencia, por igual de quienes prestan la ayuda y del sector dirigente, factor de poder o camarilla gobernante que la recibe.

No es difícil, en cambio, advertir cuánto hay de ideológico —en el peor sentido de la palabra— en todo esto, ni en qué monstruosa medida lo ideológico se consolida a partir de aquella mutua conveniencia.

La prioridad concedida en los conceptos y en los métodos, a la promoción del desarrollo económico de base, prioridad que tan cara parece a la mentalidad capitalista occidental, proviene en gran medida de una *sui generis* aplicación de las tesis marxistas, sólo que restringidas, simplificadas y tergiversadas. Debidamente ampliadas, llevadas a su formulación completa y entendidas en su recto sentido, tales tesis destacan *por igual* la acción de la subestructura económica sobre la superestructura —cultural o de ideas— y *el movimiento inverso*, la acción de las ideas sobre la subestructura. Como si se obedeciera una consigna, este segundo aspecto de una acción que es recíproca, es sistemáticamente omitido o pasado por alto. Con lo cual ocurre que la mentalidad occidental, que inter-

preta o, sin interpretarlas, concreta en los hechos aquellas tesis, a través de su modo particular de aplicarlas, hace con frecuencia marxista al mismo Marx.

Pero no es esto lo peor, con ser tan malo. El desconocimiento o el descreimiento de la acción de las ideas sobre el sustrato económico llega, en el caso particular de la Argentina, a un grado sublime de miopía, sobre todo en el sector dirigente, los factores de poder y las distintas camarillas gobernantes de turno. Lo que llamamos "ideas" designa aquí la poesía, la literatura, el derecho, la moral, el pensar puro, la religión, y, desde luego, la técnica y la ciencia, incluidas la industrialización y la planificación económica; en una palabra, la *idiosincrasia*, o lo que es igual, la cultura. La incompreensión, desde fuera, de este factor, tiene, desde dentro, su mecanismo correlativo de consolidación. La superestructura tiene sus amos, que son los que menos desean que ella actúe en forma efectiva sobre el sustrato. A la miopía de los especialistas teóricos, foráneos y nacionales, en conceptos, planes y métodos, corresponde de modo exquisito, la ceguera de los grupos de poder en la acción. La consigna aquí, ni dicha ni susurrada, pero vivida para todos los órdenes de la vida nacional, *es mantener todo como está*, desde la distribución de la tierra hasta el apoyo del Estado a la religión.

Claro está, las consecuencias son inevitables: todo lo que se proyecta, se hace y se dice, amplificado por una prensa llamada "grande" que lo es sólo por tamaño, resuena como un enorme vacío, como una danza macabra de conceptos puros carentes de mensaje. La historia, el derecho, el arte en todas sus formas, pierden por completo su sentido genuino. Con esto, con la miopía de unos y la ceguera de otros, puede incentivarse el culto de grandes cascarones históricos, tan vacíos como las frases hechas con las que año tras año se recita sobre ellos; y resulta posible destacar, en todos los estratos de la actividad oficial, la excelencia de un futuro que en la realidad de los hechos y partir de premisas tales, es tan asequible como la idea de las ideas en el conocido esquema platónico. Con esto, los discursos de toda clase, pero los políticos en especial, pueden dilatarse en generalidades sobre las que todo el mundo está de acuerdo porque nadie sabe bien a qué se refieren. Con esto se desata el frenesí de la "planificación económica del desarrollo", la complejidad de cuyas fórmulas horrorizaría al matemático mejor templado, pero que lleva a concluir, por ejemplo, que la justicia social —nada menos— puede lograrse a partir del incremento del porcentaje individual en relación con el ingreso bruto

nacional. Las teorías formuladas en esta demencia febril son propuestas con persistencia sistemática y sintomática. Cada equipo económico de cada camarilla de turno no sólo supera al anterior: se supera a sí mismo. Lo único que cada plan incrementa es, por debajo de su aparente coherencia teórica, su genuina miopía de la realidad. Pero para quien tenga sensibilidad para la verdadera realidad económica, este procedimiento frenético y febril no es casual. Es, por su verdadero sentido y su auténtica motivación, un formidable escamoteo de los hechos, y un paso necesario y calculado para consolidar una forma particular de explotación.

Con esto, puede medrar el racionalismo más desenfrenado y de modo casi ejemplar en el orden jurídico. Así ocurre con frecuencia que cuando el dolo, el fraude, el robo, la falsificación y la maniobra ilícita en todas sus formas, cometidos por gobernantes o funcionarios públicos de alto nivel se hacen demasiado notorios, muy pronto se eleva un coro de voces gravísimas que reclaman evitar y prevenir cosas tales, y con extraña unanimidad coinciden en el mejor modo de conseguirlo: reformar el Código Penal, como si la mera letra escrita conllevara el mágico poder de modificar la realidad. Pero entretanto, nada se ha opuesto hasta ahora para sancionar estos y peores delitos con la designación de sus causantes al frente de una embajada. Los menos conspicuos —o menos vinculados— han recurrido, con éxito tan notorio como esperable, al asilo "político" en algún país limítrofe. O, también con frecuencia —y en esto ni siquiera la reiteración de la experiencia ha enseñado nada a nadie— cuando ocurre una revolución, de inmediato el mismo grupo revolucionario de turno se ata las manos al buscar amparar y justificar su minúscula gesta en los preceptos constitucionales que, minúsculo y todo, sin embargo viola.

Con esto, con la miopía de unos y la ceguera de otros, el dirigismo ideológico está en condiciones de instrumentar y consagrar una monstruosa estafa cultural. La novela, el poema, el cuento, el ensayo, la idea, la vivencia de lo justo —con excepciones tan escasas como honrosas— sólo son aceptados y promovidos si envuelven en el bizantinismo pseudo-culto de la forma en que se expresan, la nada que como contenido y en el fondo dicen. Si esta forma es, por añadidura, de inspiración extranjera —esto es, apenas una cáscara— la promoción, sobre todo la oficial, puede llegar al colmo. Los "prestigios de papel" nacen en los sótanos de los "grandes" diarios, y con la bendición del Estado, pronto alcanzan dimensión internacional. Entretanto, para quien tenga sensibilidad para lo so-

cial, el hecho de que cada diez años una revolución sacrifique en las universidades una generación de intelectuales, no es un hecho casual, sino un paso necesario y calculado para la incrementación y consolidación de un poder.

Todo esto es, sin embargo, fácilmente explicable. Ni la miopía de los teóricos, en efecto, ni la ceguera de los factores de poder pueden soportar el relieve, el perfil y la hondura de los valores auténticos y genuinos. Los ideólogos, divorciados de la verdadera realidad e inmersos en la fantasía de la que han inventado para su consumo, no buscan lo genuino de los valores que les interesa promover, sino promover, con exclusividad, los valores que les interesan para nutrir su propia realidad.

Pero la verdadera Argentina está de espaldas a toda esta fantasmagoría. El sentimiento colectivo, a pesar del peso formidable de este mundo artificial que lo sofoca, por debajo de la frustración en que lo sumerge el no reconocerse en las expresiones aparentes de lo que se le quiere vender como "su" cultura, y nutrido en la múltiple paradoja de que vive y con la que muchas veces se defiende, mantiene enhiestos y firmes sus propios valores: su recta vivencia de la moral, de la honestidad, del decoro; su certero instinto para acoger lo que vale y para seguir y hacer suyo a quien tiene algo que decirle. Sus "profetas en tierra ajena" no lo son en la propia, no porque en ella no sean comprendidos, sino porque nada dicen que haya que comprender. Los monstruos sagrados de la filosofía, de la literatura, del cine, de la pintura, de la crítica, ilustrarían este punto en una larga lista de nombres. El "best seller" digitado puede lograr cierta popularidad, como toda popularidad, efímera. El sentimiento colectivo advierte y sabe bien pronto que el río de sus realizaciones y de su historia auténticas corre por otro cauce. El gesto desesperado y último de hombres como Lisandro de la Torre y Leopoldo Lugones, empujados al suicidio por el asco, podrá ser inútil, pero es sublime porque individualiza y encarna este sentimiento colectivo.

Un sentimiento que, pleno de claridad y preñado de significación, se manifiesta como reacción a determinados hechos del acontecer político. Piénsese hasta qué punto podría ser doloroso, si no fuera en gran medida cómico, que entre revoluciones exitosas y fracasadas, golpes de Estado, cuartelazos y planteamientos a los distintos gobiernos, haya habido, en los últimos cuarenta años, casi cuarenta; y dígase si no es indicio de coherencia y de apertura a una verdadera realidad que el hombre común asista a ellas con la

apatía e indiferencia más absolutas, como si lo que ocurre no tuviera la menor relación con él ni lo afectara lo más mínimo.

Por otra parte, es claro que quienes viven estos valores genuinos en un nivel de creación y se refugian, al rescoldo de aquel sentimiento colectivo, en la soledad personal o en la soledad compartida del cenáculo o de la relación discipular, pueden sublimar su frustración básica una y aún muchas veces, pero no siempre. Entonces, cuando la sublimación no basta, el único recurso es la evasión.

El éxodo latinoamericano de intelectuales, científicos y técnicos es ya un lugar común. No lo son, en cambio, porque la información regimentada se cuida muy bien de destacarlos, ni sus motivaciones ni el hecho, sin embargo, tan evidente, de que si salen de Latinoamérica, es de Latinoamérica de donde salen. Esto es mucho más que un juego de palabras. Es por igual cierto que si ellos se exilian a voluntad, con mejor voluntad son acogidos dondequiera que lleguen; y, con singular avidez, los especialistas en ramas técnicas y científicas. Sin embargo, con frecuencia más explicable que justa, el hecho suele presentarse como un gesto de magnanimidad unilateral de parte de los países desarrollados para con los erráticos desterrados que provienen de los subdesarrollados. En primer lugar, el hecho tiene a todas luces un claro sentido de conveniencia recíproca, aunque pasar esto por alto lo tenga más claro todavía de pura conveniencia unilateral, que es lo que a la mentalidad ideológica le conviene destacar. El errático desterrado voluntario encuentra una atmósfera social y colectiva propicia para su trabajo científico, y que por mucho que se cargue no lo oprime hasta la sofocación por no ser suya, lo que le permite una realización más plena y rica de su ser personal, familiar y profesional. El desarrollado país que lo recibe, por su parte, se beneficia por el aporte que le significa el aprovechamiento de su capacidad y su preparación. En segundo lugar, y como quiera que el hecho no es fortuito, tiene el alcance, mucho más decisivo, de denunciar la falacia ideológica escudada en los esquemas y en las etiquetas. Parece suficientemente significativo, en efecto, que para impulsar y enriquecer su propio desarrollo, países desarrollados acojan —y muchas veces llamen— a científicos y técnicos que se han formado en países subdesarrollados. Ante este nuevo sentido de la paradoja, todos los demás empalidecen y se desdibujan; cuanto más, si se tiene debidamente en cuenta que lo que los países *técnicamente* desarrollados

buscan en los otros no es literatos ni pianistas, sino, ante todo, técnicos.

Que estas no son vaguedades ni teorías, puede probarse ahora en un mínimo ejemplo, y a título exclusivo de ejemplo, más que nada como muestra de las curiosas operaciones de que son capaces los especialistas. Alguien o algo ha calculado que, convertidas a dinero la capacidad y preparación que los intelectuales, técnicos y científicos latinoamericanos han aportado a Estados Unidos, el resultado asciende a *más de cien millones de dólares* en los últimos años. No puedo ser exacto en este punto, pero creo que estos años eran los últimos diez. En todo caso, por sobre la eventual infidelidad de mi información, y por sobre lo pintoresco del cálculo mismo, la cifra algo significa. De ella, entre un 30 y un 40% correspondía a la Argentina.

La difusión de esta estimación, sin embargo, parece haber obedecido a un error. De otro modo, y con significación mucho más plausible pero difícilmente sospechable, podría ser el comienzo de una rectificación de categorías que, como la de "subdesarrollo", ocultan más que lo que dicen, y la denuncia de que *el mal que aqueja y arruina a los países así llamados no es la escasez económica, sino la presión de las ideologías*. Porque éstas, más que consecuencias del subdesarrollo, son su condición.

\* \* \*

De Latinoamérica sabemos todos, por lo demás, que, en conjunto, incuba alarmantes fermentos de convulsión social. Factores mucho más grávidos, por internos, que la penetración extranjera abierta o subrepticia, la han convertido en un verdadero volcán, eufemismo corriente para las revoluciones que efectivamente pueden serlo. Este cuadro general tiene sin embargo algunas excepciones. Hasta hace poco, una de ellas era Uruguay; hoy parecen serlo sólo México, Chile y la Argentina. En la Argentina, al menos, no se da la tensión entrañada en la división económica de la población en ricos en demasía y pobres hasta el hambre, ni en la que en forma correlativa engendra su división socio-política en los que gozan de todos los beneficios, derechos y ventajas y los que viven una vida en todos estos sentidos infrahumana. Allí no hay problema significativo de desocupación o de hambre. Las necesidades materiales, y muchas de nivel más alto, están subvenidas en forma suficiente en casi todos los niveles de la estratificación social. Resulta así incontestable

table la apreciación, hecha sobre la revolución de 1955, según la cual "lo que a la revolución le ha faltado es conciencia de todo lo revolucionaria que puede ser una revolución" C. COSSIO, *La política como conciencia*, Abeledo, Bs. As., 1956). Apreciación tan incontestable como extensible a todas las demás que antes y después de aquélla se han producido. Porque ellas no encuentran las condiciones de las que podrían surgir para pretender ser lo que son como revolución.

Pero con esto, la "recuperación" integral de la Argentina se instala en un horizonte imprevisible y lejano. Es necesario un cambio, pero el cambio no puede venir desde abajo, que es desde donde puede ser cambio. Y producirlo desde arriba, exige producir una revolución que los diversos sectores de la ideología imperante se cuidan muy bien de evitar. Por algo hasta ahora todas las revoluciones originadas en estos sectores, nada revolucionan en realidad. ¿No es, por otra parte, suficiente ilustración de la paradoja que un cambio total en la organización de la superestructura y de su incidencia sobre las bases esté en manos de los factores de poder que la han llevado a ser como es?

En la presión ideológica de conjunto, pues, y no sólo en los gobiernos, se encuentra la raíz de la paradoja y de la subsecuente frustración colectiva. Pequeño es el síntoma, después de todo, si se considera el tamaño y la fuerza de la enfermedad.

Pero no por ello se pretenda atacarlo con el diagnóstico erróneo y con el remedio equivocado. La quiebra de la Argentina —y, muy probablemente, de Latinoamérica toda— no es económica, es moral. No es de recursos, es de confianza. No es penuria: es frustración.

Préstese, pues, en buena hora la ayuda necesaria, pero nunca sin dar satisfacción a la emoción colectiva, a la vez, con la acción moral ejemplificadora. Póngase a esta emoción, ante todo, en marcha efectiva hacia los valores auténticos que ella presiente, que no son la recompensa del demérito ni la promoción de la ineptitud.

No se levanten la represa, el camino ni el puente sin inculcar en el hombre común, al mismo tiempo o de antemano, la convicción más cabal de que la obra se emprende por razones de beneficio colectivo y por conveniencia de todos, y no por razones de beneficio de grupos aislados y para negociado escandaloso de unos pocos. De la instalación de la represa nunca podrá emanar, ni por mecánica ni por magia, la consolidación de los valores colectivos de honestidad y de justicia, y sin esta consolidación, de la que la Argentina sí está hambrienta, el sentimiento colectivo seguirá de



espaldas a todo desarrollo, incluidos el técnico y el económico porque los sospechará, con acierto, penetrado de ideología. Dése en cambio a cada hombre la convicción fundada de que su obligación frente a la ley tiene sentido porque la exigencia del orden jurídico y del orden moral pesa por igual sobre todos, sin distinciones ni favoritismos; déjesele vivir con intuición que la justicia no está en las leyes que sólo lo parecen, sino en los jueces que efectivamente lo son; restitúyase cuanto se vive en la cultura y en la historia a sus moldes auténticos, y se promoverán en ese hombre todas sus capacidades y potencias, incluso las técnicas, que nunca le han faltado.

Una quiebra moral no se repara con cemento.

DIÁLOGOS · Revista del Departamento de Filosofía  
Universidad de Puerto Rico Año III. Núm.  
Septiembre de 1966 pp. 57-67

## PARADOJAS DE LATINO-AMERICA: APUNTES DE UN VIAJE

Por GEORG H. FROMM

**L**a paradoja fundamental de América Latina —paradoja desde la cual hay que partir para poder entender las demás que la realidad latinoamericana exhibe— estriba, a mi juicio, en la enorme discrepancia que existe entre la abundante riqueza material del territorio americano y la miseria abismal en que subsiste la gran mayoría de sus habitantes.

Por una parte, Latinoamérica posee una inmensa riqueza de recursos naturales. Basta señalar algunos ejemplos: América Latina tiene más terreno cultivable de alto rendimiento que cualquier otro continente y tiene tres veces más terreno cultivable *per capita* que Asia; posee las reservas de madera más grandes del mundo, y enterrados en sus tierras se encuentran vastos depósitos de prácticamente todos los metales de uso industrial —cobre, estaño, hierro, plata, oro, zinc, plomo, y muchos otros; posee además abundantes reservas de petróleo y un enorme potencial de energía hidroeléctrica, que están en su mayor parte sin explotar.

Por otra parte, las condiciones de vida de la gran mayoría de los latinoamericanos son espantosas, no importa bajo qué criterios o índices las evaluemos. Por ejemplo: de 200 millones de habitantes, 140 millones son campesinos que trabajan virtualmente como siervos; 70 millones viven para todos los efectos prácticos fuera del sistema monetario; 10 millones son analfabetos; 140 millones están alimentados deficientemente; 100 millones sufren de enfermedades endémicas, y cada año 2 millones mueren de hambre, enfermedades curables o vejez prematura.